

A close-up portrait of Angela Merkel, the former Chancellor of Germany. She has short, light brown hair and is looking directly at the camera with a neutral expression. Her eyes are a light blue color. The background is a plain, light color.

ANGELA

CRÓNICA DE UNA ERA

MERKEL

ANA CARBAJOSA

Angela Merkel

Crónica de una era

Ana Carbajosa

 PENÍNSULA

© Ana Carbajosa Vicente, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021  
Edicions Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Depósito legal: B. 10.828-2021  
ISBN: 978-84-1100-006-2



## ÍNDICE

Introducción. Una política distinta	11
1. Una familia de religiosos que cruzó el telón de acero	23
2. El salto de la física a la política	47
3. Una segunda vida en la CDU o cómo matar al padre	65
4. «Lo conseguiremos»	93
5. El método Merkel o el triunfo de la razón	127
6. El este, la extrema derecha y el nuevo <i>nosotros</i>	153
7. ¿Feminista?	181
8. La Europa austera de Merkel	203
9. Un legado difuminado por la pandemia	243
Epílogo. Fin de una era	263
Angela Merkel en fechas	269
Agradecimientos	273
Notas	277
Bibliografía	287
Índice onomástico	291

## UNA FAMILIA DE RELIGIOSOS QUE CRUZÓ EL TELÓN DE ACERO

Aterricé por primera vez en Templin en septiembre de 2005. Faltaba una semana para las elecciones federales y Angela Merkel tenía entonces muchas posibilidades de convertirse en la primera mujer canciller de la historia de Alemania. En el periódico me habían pedido que escribiera un perfil de la aspirante a canciller y pensé que sería interesante viajar hasta esta pequeña ciudad del este de Alemania en la que empezó todo. Aquí creció y se forjó el carácter de la política alemana, que de forma inesperada escaló hasta la cima y acabó encandilando al mundo con su forma de hacer política.

Templin es una apacible ciudad de unos dieciséis mil habitantes, al norte de Berlín, con su centro empedrado, sus torres y su estación de tren. Entonces era y sigue siendo una ciudad tranquila con pequeños comercios. Como en gran parte de las ciudades alemanas, a las seis se cierran los comercios y la vida se apaga en las calles. El bosque y el lago están a tiro de piedra. Pero a diferencia de las ciudades del oeste del país, Templin formó parte hasta 1989 de la RDA, el régimen comunista en el que Merkel pasó los primeros treinta y cinco años de su vida. En el balneario cercano pa-

saban las vacaciones miles de trabajadores. En Templin, además, estuvieron estacionadas las tropas soviéticas, con las que Merkel pudo practicar ruso, el idioma que fue su primera lengua extranjera. A ellos les decía que el día que se jubilara viajaría a Occidente. Tras la caída del Muro en 1989, el desempleo se disparó en Templin como en el resto del antiguo territorio de la RDA.

En aquella visita, pocos días antes de las elecciones, me sorprendió que la ciudad no vibrara. Al fin y al cabo, no sucede todos los días que una lugareña esté a punto de convertirse en jefa de Gobierno y que además vaya a ser la primera mujer que acceda al cargo. Pero allí comprendí que la historia de la partición de Alemania ha dejado cicatrices difíciles de borrar y que Merkel tuvo una infancia muy atípica, incluso para la época y el rincón del mundo en el que le tocó crecer.

Aquel septiembre en Templin apenas me crucé con carteles electorales de la candidata. Ya entonces, muchos la consideraban una traidora, vendida a los valores de la Alemania Occidental y la acusaban poco menos que de renegar de sus orígenes. La inclinación a la izquierda de buena parte de los habitantes de este rincón de la antigua RDA explicaba, además, que vivieran con escaso entusiasmo el ascenso de la vecina conservadora. «No hay euforia hacia ella», me reconoció entonces Hans Ulrich Beeskow, el que fuera su profesor de Matemáticas en el colegio y un admirador de la política. «Su pensamiento es muy analítico y sabe lo que quiere. Si tiene un objetivo, dará los pasos necesarios para lograrlo. Tiene capacidad de decisión, pero es distante», matizó. El entonces alcalde, Ulrich Schoeneich, un independiente, me explicó que en Templin pocos querían que

fuera canciller. En parte porque no creían que con ella fueran a cambiar las cosas a mejor en la antigua RDA y también por su defensa inquebrantable del vínculo transatlántico, incluso durante la guerra de Irak. «En el este fuimos educados como amigos de la Unión Soviética y con Estados Unidos como enemigo», estimó el alcalde. Me contó que la población la veía como una representante del oeste y le achacaba además haber participado en la organización juvenil del régimen comunista. Aquel año 2005, Alemania se parecía bien poco al país que Merkel deja tras dieciséis años de gobierno. Entonces se le consideraba el enfermo de Europa y el desempleo alcanzaba récords históricos. Cundía el desánimo colectivo.

Doce años más tarde volví a Templin. Era también septiembre y víspera de otras elecciones generales, las de 2017. Tres mandatos consecutivos habían ablandado los corazones de la población local, que veía a la famosa canciller con otros ojos. Merkel aspiraba entonces a su cuarta legislatura y las encuestas daban por segura su reelección, pero también advertían del auge de la extrema derecha, Alternativa para Alemania (AfD), que hasta entonces no había pisado el Parlamento alemán. Me bajé del tren un día frío y lluvioso. Ese día, AfD celebraba uno de sus actos de campaña en La Termita, la bolera del polígono industrial de Templin. Cuando llegué, vi el local acordonado por activistas de izquierdas que protestaban por la presencia de los ultras. Puse mi mejor cara de póker, contuve la respiración y atravesé el cordón humano entre abucheos y pitidos para acceder al local. Dentro de aquel garito oscuro, rodeada de tipos que pedían a gritos como *hooligans* el cierre de fronteras, pude comprobar cómo la política de puertas abiertas para los re-

fugiados de Merkel había alienado y radicalizado a un grupo de población minoritario, pero muy ruidoso incluso en su tierra, Templin. Allí comprendí con nitidez que, en Alemania, el gran enemigo de la política conservadora ha sido en los últimos años la extrema derecha y que tres décadas después de la caída del Muro, los ultras han sabido explotar con maestría la frontera invisible que aún divide el este del oeste de Alemania. A todo esto volveremos más adelante. Antes analizaremos la huella indeleble que sus años de niñez y juventud en la RDA dejaron en la política alemana.

Merkel llegó a Templin con tres años. Había nacido en un hospital al norte de Hamburgo el 17 de julio de 1954 con el nombre de Angela Dorothea Kasner. Solo años más tarde, cuando se casó con su primer marido, del que después se divorciaría, adoptaría su apellido actual, Merkel, con el que se daría a conocer en el mundo entero. Con apenas ocho semanas, su madre viajó con ella metida en un capazo para reunirse con su padre, Horst Kasner. El pastor protestante había viajado antes al este, comunista y oficialmente ateo, en misión evangelizadora. Mientras miles de refugiados huían de la RDA hacia el oeste, los Kasner viajaron en dirección contraria, donde los necesitaba la Iglesia. La primera parada de la familia rumbo a su nueva vida fue una tranquila parroquia rural en Perleberg, a medio camino entre Hamburgo y Berlín. «No teníamos un carrito porque las circunstancias eran muy modestas. Mi padre tuvo que aprender a ordeñar las cabras y mi madre tuvo que aprender de una señora mayor cómo cocinar cardos»,<sup>1</sup> le contó Merkel a la fotógrafa Herlinde Koelbl a principios de los noventa. Tres años más tarde, dieron el salto a Templin, donde se instalarían definitivamente. Allí, la familia de Merkel era



una suerte de rareza, un cuerpo extraño en un mundo de uniformidad ideológica.

Su familia no era como las demás del este comunista. Pertenecía a una cierta élite intelectual, pero a la vez estaba apartada y excluida de la sociedad y de cualquier estructura de poder del régimen. El padre de Merkel era un pastor carismático, conocido en el entorno eclesiástico. Estaba influenciado por la teología de la liberación y no se opuso a la reunificación alemana, pero pensaba que las condiciones de vida del oeste tampoco eran las ideales, «en aquella época estaba muy entusiasmado con la teología de la liberación de América Latina»,<sup>2</sup> diría Merkel más tarde. Aseguró también que una persona no se hace creyente por crecer en la casa de un cura, «pero, por supuesto, yo asumí ciertos principios éticos, en particular la idea de la reconciliación y del perdón. Mucha gente venía a la parroquia porque habían hecho algo mal y mis padres fueron siempre muy generosos y capaces de perdonar». De su padre dijo que «trabajaba mucho. El trabajo y el ocio se entremezclaban. A veces, el trabajo le mantenía alejado de sus obligaciones familiares. Siempre estaba ocupado y era diligente. Como niña no era siempre fácil cuando todo tenía que estar en orden y perfecto. De pequeña, a veces me molestaba que fuera comprensivo con todo el mundo, pero cuando nosotros hacíamos algo mal, reaccionaba de manera totalmente diferente». Su madre, Herlind Jentzsch, a la que Merkel estuvo muy unida, perteneció transitoriamente al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) tras la caída del Muro y participó en el consejo local. Para ella solo tiene buenas palabras. «Era feliz, le encantaba la vida y tenía un gran corazón [...]. Fue muy difícil para ella seguir a mi padre a la RDA, porque tenía mie-

do de que fuera empobrecedor para nosotros desde un punto de vista intelectual.»<sup>3</sup> Su madre era la que siempre estaba ahí. Jentzsch había estudiado Latín e Inglés y dio clases en la Escuela Oficial de Idiomas de Templin casi hasta su muerte con noventa años, en 2019. El día que trascendió la noticia de la muerte de su madre, Merkel estaba en una cumbre europea y, como de costumbre, de cara al exterior aparcó sus emociones y continuó negociando. Merkel era la hermana mayor responsable. Marcus e Irene nacieron tres y diez años más tarde, y todos crecieron en Templin.

Los primeros años de su vida, recuerda, huelen a pino, heno y patatas asadas. Los Kasner vivían en un complejo conocido como el Waldhof, que ejercía también de centro para jóvenes con necesidades especiales y discapacidades psíquicas, en el que aprendían oficios. Había un vivero, una herrería y distintos talleres. Allí se desarrolló la cotidianeidad de la joven Merkel, en un lugar que se parecía poco a cualquier otro de la ciudad y en contacto permanente con personas con discapacidad. Merkel explicó que crecer junto a ellos fue una experiencia importante, que aprendió a relacionarse de una forma natural con personas con discapacidad. Recuerda que muchos internos no podían moverse de la cama y que en la RDA trataban muy mal a este tipo de personas. «Todavía tengo las imágenes en mi cabeza. A algunos de ellos los ataban a los bancos. Cuando había un cumpleaños familiar, les gustaba venir a comer la tarta. Teníamos una buena relación con ellos»,<sup>4</sup> explicó Merkel. Se dio cuenta, sin embargo, de que había compañeros de clase a los que les daba miedo visitarla en el Waldhof. Contó también que había un hombre que los ayudaba mucho en el jardín y que era muy amable. Aspiraba a ser un militar de alto rango y cuan-

do paseaba por la ciudad se comportaba como si realmente lo fuera. La gente se reía de él y los Kasner se encargaban de protegerle. Lo contó en un libro titulado *Mein Weg* [Mi camino], compuesto por una serie de entrevistas en profundidad que concedió antes de convertirse en canciller.<sup>5</sup> Desde entonces, Merkel, poco dada a abrirse al público, no ha vuelto a hablar de su infancia con tanto detalle.

El de los Kasner era un hogar atípico porque tenían la posibilidad de tener contactos con el oeste. Recibían libros, ropa y hasta visitas. Sin los paquetes que llegaban del oeste, de su tía y de su abuela, su estilo de vida habría sido mucho más espartano. Casi no vestía ropa de la RDA ni veía la televisión local. «Siempre fuimos unos extraños.»<sup>6</sup> En esa casa se hablaba de cosas que era mejor callar. Sospechaban, como tantas otras familias, que el teléfono estaba pinchado y que el espionaje de la Stasi escuchaba sus conversaciones. Por eso, había asuntos que era mejor tratar en el bosque. En su casa aprendió a ser discreta, a callar y a esperar. Aprendió a caminar entre campos minados, en los que el mínimo error era susceptible de provocar la detonación. La RDA fue una escuela de precisión, cuidado y serenidad. Aquellos aprendizajes resultarían claves más adelante en su carrera política, me explicó una vez Stefan Kornelius, uno de sus biógrafos. «Su educación, como hija de un pastor protestante en el este de Alemania, le enseñó a estar sentada a la mesa, a esperar y a ser consciente de que en cualquier momento podían ser espiados. Merkel aprendió a sospechar del mundo exterior, a tener cautela. Y eso se convirtió en uno de sus grandes talentos.»

El valor que Merkel concede a la familia, también como refugio frente a la opresión del régimen, lo verbalizó en un

discurso pronunciado en el decimoctavo congreso de su partido en 2004 en Düsseldorf. «El comunismo ha atormentado y destruido a innumerables familias y ha necesitado de luchas interminables de muchos —incluyendo a mis padres— contra los eternos absurdos del sistema. Sin embargo, el comunismo no ha sido capaz de destruir lo que es la familia, lo que el hombre anhela, y al final, queridos amigos, esto es exactamente lo que nos ha ayudado a superar el propio comunismo. [...] Los logros de nuestros padres y madres, la responsabilidad de los padres por los hijos y de los hijos por los padres no pueden ser subestimados.»<sup>7</sup> Se refirió también ese día a la necesidad del reconocimiento de las vidas de quienes crecieron en la RDA, del que tanto se hablaría años después, cuando brotó la frustración y el resentimiento acumulado durante las décadas posteriores a la reunificación alemana.

Merkel estudió en la escuela Goethe de Templin y se graduó en 1973, fecha en la que se trasladó a Leipzig para continuar sus estudios. Fue una alumna muy aplicada, poco propensa al conflicto. «Necesitaba armonía», recordaría más tarde. Cuando tocaba organizar algo, ella se encargaba. «Puede que tenga que ver con que yo anticipaba las situaciones. Por ejemplo, dos meses antes de Navidad ya estaba pensando en qué regalos podían resultarme útiles. Quería preverlo todo. Lo más importante para mí era estructurar mi vida y evitar el caos.»<sup>8</sup>

Fue entre los siete y los ocho años cuando Merkel comenzó a desarrollar un interés por la política. Recuerda especialmente la noche del fin de semana del 13 de agosto de 1961, cuando el Muro que separaría las dos Alemanias comenzó a cobrar forma. Recuerda cómo el alambre de espino estaba

preparado en el bosque y cómo cuando su padre ofició una misa el domingo siguiente, el ambiente era terrible. Merkel vio a sus padres por primera vez sin saber qué hacer, conternados. La gente, incluida su madre, lloraba, como recordó cuando Barack Obama le entregó la Medalla a la Libertad en 2011 en la Casa Blanca.<sup>9</sup> Merkel no alcanzó a comprender entonces qué significaba la construcción del Muro. Contó también lo difícil que era burlar el radar del régimen. Que para llamar la atención, en Uckermark, su región, bastaba con coleccionar postales de arte. A Merkel le resultaba especialmente difícil pasar desapercibida por su familia. Cuando llegaba un profesor suplente, Merkel sabía que le tocaba pasar por el calvario de decir su nombre y la profesión de sus padres. Sabía también que los hijos de los religiosos estaban sometidos a especial vigilancia. «Por ser hija de lo que para la RDA era una familia burguesa, yo siempre tenía mala conciencia. [...] Teníamos que ser mejores que los demás para poder estudiar en la universidad. Cualquier debilidad habría sido utilizada para privarnos de la oportunidad de ir a la universidad»,<sup>10</sup> explicaría Merkel más tarde.

Templin se encuentra a media hora del que fuera el campo de exterminio de Ravensbrück, que Merkel y sus compañeros de clase visitaban cada año. Sus asignaturas favoritas eran Inglés y Ruso, y el deporte no se le daba bien. Cuando el Club de Jóvenes Matemáticos invitó a los doce mejores alumnos del distrito, Merkel, alias Kasi, por su apellido, formó parte de ese selecto grupo. Uno de sus profesores aseguró a la prensa que nunca había conocido a una niña con tanto talento. El profesor hizo esas declaraciones en 2019, cuando a Merkel le entregaron el título de ciudadana de honor de Templin.<sup>11</sup> Llevaba ya catorce años de canci-

ller, pero las autoridades reconocieron que habían necesitado cierto tiempo para contar con mayoría entre los concejales para que la candidatura de Merkel saliera adelante.

En 1970, Merkel viajó a Moscú después de haber ganado las Olimpiadas de Ruso de su estado, Brandeburgo, un idioma célebre por su dificultad. Su maestra diría más tarde que era «una genia de los idiomas». Pero ser una alumna excelente no bastaba en la RDA, un régimen que exigía lealtad y adhesión sin matices. Probablemente por eso, Merkel se apuntó a la Freie Deutsche Jugend (FDJ, Juventud Libre Alemana), la organización juvenil del régimen, donde los miembros se convertían en socialistas de pro.<sup>12</sup> Esa participación será recordada una y mil veces para reforzar las tesis de quienes la acusan de tibieza con el régimen, de no haber luchado todo lo que hubiera podido por la libertad cuando tocaba. Lo cierto es que pertenecer en aquellos tiempos a la FDJ no significaba demasiado, me explicaron antiguos disidentes. Quedarse fuera, sin embargo, implicaba limitarse las opciones vitales y convertirse en potencial sospechoso. Merkel fue también miembro de la Freier Deutscher Gewerkschaftsbund (FDGB, Federación Alemana de Sindicatos Libres) y de la Asociación para la Amistad Germano-Soviética. Membresías formales aparte, Merkel navegó por las peligrosas aguas de la dictadura comunista sin implicarse excesivamente; una habilidad que acabaría dominando y ejercitando a lo largo de su vida. Matthew Qvortrup detalla en su biografía cómo los archivos de la Stasi seguían de cerca al padre de Merkel, que tenía un agente encargado de él.<sup>13</sup> De Merkel, sin embargo, no se conocen disidencias ni movimientos que hubieran podido poner en alerta a la Stasi. Ella asegura: «Viví mi vida de una manera en la que real-

mente no fui una disidente que luchara activamente. Nunca di tampoco esa impresión. Pero creo que actué de manera inteligente y decidí no doblegarme más de la cuenta. Eso implicaba quedarse callada cuando podría haber hablado sin demasiado esfuerzo en contra del estado y cuando desde el punto de vista de algunos debería haberlo hecho».<sup>14</sup>

Una tarde en 2020 me acerqué a Berlín a visitar los archivos de la Stasi, donde habían inaugurado una exposición sobre las actas de los sospechosos. El conjunto que en su día llegó a ocupar cincuenta edificios es imponente. Allí tenía su sede el temible Ministerio de Seguridad, para el que llegaron a trabajar noventa mil empleados y ciento ochenta mil informantes. En enero de 1990, cuando ya había caído el Muro, los manifestantes tomaron aquel lugar siniestro que guardaba todavía once kilómetros de documentos. Días después, se decidió levantar allí un centro para la memoria e investigación de lo sucedido durante los años de plomo. En 1992, tres años después de la caída del Muro, por primera vez, los ciudadanos privados tuvieron acceso a aquellos papeles, a las actas que documentaban la vida de millones de personas espías. El régimen de la RDA desarrolló un sistema de cartas, tarjetas y archivadores siniestro. En aquella exposición se podía ver cómo el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED) mantuvo bajo control a la población a la que vigiló durante cuatro décadas. Hay micrófonos de la época, microcámaras, aparatos para abrir cartas sin dejar rastro, hileras de archivadores metálicos, casetes...; es decir, toda una maquinaria de escucha y espionaje. Se podía ver también el mapa de los doscientos nueve distritos en los que tenía oficina el Ministerio de Seguridad, y aparecía un punto dibujado sobre Templin. En otro mapa estaban marcados

un montón de pisos vigilados en Prenzlauer Berg, el barrio berlinés donde Merkel vivió de joven. La minuciosidad que destilaban esos objetos y la montaña de fichas almacenadas y clasificadas con mimo era escalofriante. Había también fotos de jóvenes melencidos con chupas vaqueras y trenzas a las puertas de las iglesias. De punks que acabarían entre rejas por ser «enemigos» que representaban «la decadencia occidental». Aquella visita me sirvió para recordar el terror bajo el que vivieron tantas familias alemanas en un Estado que había declarado la guerra psicológica a su población. Ahora, aquello puede parecer algo lejano, pero es la realidad histórica en la que creció la canciller alemana.

Ese es el mundo en el que aprendió a sobrevivir Merkel y que marcó los treinta y cinco primeros años de su vida. Imposible pensar que la libertad, los muros, el derecho a disentir y a organizar la vida de cada uno como le dé la gana no ocupe un lugar central en su cabeza. Por eso, como veremos más adelante, la irrupción de la pandemia de la covid-19 en 2020 supuso una prueba de fuego para todos los gobernantes del mundo, pero para Merkel implicó una adicional. Todo le resultaba demasiado familiar y traumático como para no afectarle personalmente. Dijo que, a la hora de imponer restricciones de derechos y libertades: «Mi infancia y mi juventud estuvieron muy presentes. Que hubiera que decirle a la gente que no podía estar en la calle si no era con miembros de su unidad familiar o que los hijos no pudieran visitar a sus padres en las residencias eran restricciones muy serias. Nunca ha habido una situación en la Alemania de la posguerra en la que las escuelas hayan estado cerradas durante tanto tiempo. Todo esto desencadenó asociaciones en mí».<sup>15</sup>



Una mañana en Berlín fui a conocer a Rainer Eppelmann y lo que me contó me resultó extremadamente esclarecedor. Quería que este conocido pastor protestante y opositor del régimen me explicara qué significaba nacer y crecer en una familia de religiosos incrustada en la RDA. Él había conocido a la familia Kasner y años después su vida y la de Merkel se cruzarían precisamente cuando la alemana dio sus primeros pasos en la política. Eppelmann fue un conocido luchador por los derechos civiles en tiempos de la RDA y quedé con él en la sede de la fundación que preside, la Bundesstiftung zur Aufarbeitung der SED-Diktatur, algo así como la Fundación de la Revisión de la Dictadura de la RDA, dedicada a preservar la memoria y «promover la conciencia pública de la tiranía comunista». Me explicó que conoció a Kasner padre en Templin hacía muchos años. Que Merkel «creció con unos padres a los que les interesaba que sus hijos fueran capaces de hacer algo más que escribir y leer». Y que crecer en una parroquia, en el este y en aquella época, era una circunstancia que marcaba mucho, por ser un lugar en el que «la empatía está a menudo muy presente, como parte del estilo de vida cristiano». «Obviamente, [Merkel] está muy marcada por lo que vivió los primeros dieciocho años de su vida en la parroquia. En los lugares en los que luchar es inútil, no lo haces y optas por la discreción. Así es como pudo graduarse en la escuela secundaria y más tarde estudiar», me dijo. Curiosamente, Merkel no es la única política alemana marcada por la Iglesia protestante en el este. La destacada dirigente de Los Verdes, Katrin Göring-Eckardt, vinculada a la Iglesia evangélica durante muchos años y que se casó con un cura, o Frauke Petry, exlíder de la extrema derecha que

también estuvo casada con un pastor, comparten de alguna manera parte de ese pasado, y ambas han sido muy relevantes en algún momento de la historia política reciente de Alemania.

La huella que dejaron su infancia y su juventud la reconocieron muchos en 2015, el año que marcó como pocos la carrera de Merkel. Fue cuando Alemania permitió la entrada de más de un millón de demandantes de asilo, buena parte de ellos huían de la guerra de Siria. Aquella decisión de no cerrar las fronteras desató una crisis política y social en Alemania y se convirtió en el balón de oxígeno de una extrema derecha que acabó por entrar en el Parlamento en 2017. Qué llevó a Merkel a adoptar esa decisión lo analizaremos más adelante en este libro, pero para Eppelmann no hay duda de que la parroquia de Templin tiene mucho que ver. «Cuando Merkel, en 2015, dijo: “Si tenemos que disculparnos por enseñar nuestro rostro más amable en una situación de emergencia, entonces ese no es mi país”,<sup>16</sup> es difícil no ver [...] la influencia de haberse criado en una parroquia como la de Templin, con el centro de discapacidad y la imagen presente de la necesidad de hacerse cargo de los que no pueden hacerlo por sus propios medios.»

A Eppelmann no le dejaron graduarse en el instituto por no pertenecer a la FDJ, pero el antiguo activista resta importancia al hecho de que Merkel sí perteneciera. La alemana se apuntó, «como el 95 % de los niños, pero también porque su padre se lo dijo. Probablemente eso le dio la oportunidad de estudiar en la RDA, algo que no era evidente para los hijos de los pastores [...]. Yo no estuve nunca en la FDJ ni en los Pioneros, la organización infantil del SED, pero eso supuso que yo no pudiera hacer la selectividad.

Asumo que probablemente el señor y la señora Kasner consideraron que era importante para sus hijos continuar los estudios. En la FDJ, [Merkel] se encargaba de los temas culturales, una función neutral y modesta, nunca un papel determinante. Si hubiera tenido interés en escalar en la organización, lo habría logrado».

En 1973, Merkel comenzó sus estudios de Física en Leipzig, una gran ciudad del este, al sur de Berlín. Podría haber elegido una universidad más cercana, pero en Alemania salir de casa de los padres para cursar estudios universitarios es lo natural. Merkel estudió Física en la Universidad Karl Marx de Leipzig. En las fiestas estudiantiles, se ponía detrás de la barra y servía copas.<sup>17</sup> Sus padres siguieron viviendo en Templin y allí volvía la joven estudiante a visitarlos cuando podía. Merkel ha explicado que, cuando era niña, en su casa a las seis en punto sonaban las campanas y cenaban. Entonces le molestaba, pero cuando se fue a vivir fuera de casa, como estudiante, a Leipzig, «a veces estaba muy triste de que esa rutina ya no estuviera allí. A veces comía, pero otras ni comía», aseguró en una entrevista poco antes de ser elegida por primera vez canciller. También entonces dijo que, para ella, el gran cambio se produjo al final de la pubertad, cuando se convirtió en mujer. «Creo que cuando más cambios es antes de cumplir veinte años. El cambio entre ser física y ser política solo está relacionado con mi trabajo, no conmigo como persona.»<sup>18</sup>

No está claro hasta qué punto la física era su vocación, pero sí es evidente que era una de las carreras que escapaban de las garras ideológicas del régimen. Estudiar Sociología, Política, Derecho o cualquier otra ciencia social, hubiera supuesto un adoctrinamiento que Merkel quiso evitar. Aun

así, estuvo obligada a estudiar a fondo una materia muy especial: ML, es decir, marxismo-leninismo. «La elección de mi profesión estuvo influenciada por las circunstancias de vida en la RDA, porque una actividad científica era la promesa de un trabajo lo más cercano posible a la verdad»,<sup>19</sup> dijo una vez. En otra ocasión explicó que, si hubiera crecido en el oeste, probablemente habría elegido otra profesión, habría sido maestra.

Una tarde en el invierno de 2020 quedé a tomar café con Karin Habermann, la abuela de un amigo de mi hijo de la escuela. Ella había nacido el mismo año que Merkel, en un pueblo de la misma zona y, también como ella, había estudiado ciencias. Tuvo, además, de profesor ayudante de laboratorio al que hoy es el marido de Merkel, Joachim Sauer, a principios de los setenta. La señora Habermann me invitó al tradicional *Kaffee und Kuchen*, que ese día consistía en un pastel riquísimo que ella había horneado y que comimos en el refectorio de la iglesia de Prenzlauer Berg en la que su yerno trabaja como pastor. Quería entender un poco mejor lo que suponía ser estudiante de ciencias en aquella época en la universidad. «En general, era una facultad donde había gente poco conformista», me explicó. Recordó que la vida estudiantil se enmarcaba en «una sociedad superestructurada, donde todo estaba regulado. La libertad era solo un sueño». Me habló también de lo que significaba, como en el caso de Merkel, pertenecer a una familia de religiosos. «Los hijos de los curas eran distintos. Había profesores que los trataban mal porque sospechaban que no eran leales al Estado o los castigaban. Había curas que intentaban buscar compromisos y de alguna manera hacían el papel de oposición. No eran tiempos fáciles. La gente del oeste

no puede ni imaginarse cómo era aquello —recuerda—. En la universidad, al margen de la disciplina que fuera, había formación política obligatoria. Cada uno tenía su grupo de amigos, de gente de confianza con quien poder discutir asuntos delicados y con los que se iba formando. Fuera de ellos, no era posible.» Esta mujer, como tantas otras con las que me topé en Alemania me dijo que no era votante conservadora y que era muy crítica con la Unión Demócrata Cristiana (CDU), el partido de la canciller. «Pero con Merkel es distinto. Tal vez por ser alguien que no se deja corromper», me dijo.

Leipzig era junto con Dresde y Berlín una de las grandes urbes del este. Hoy Leipzig tiene más de medio millón de habitantes y es una ciudad espectacular, con una altísima calidad de vida. Hay grandes parques, estudiantes universitarios y un mar de bicicletas. La Nueva Berlín, el *Hypezig*, la empezó a llamar la prensa anglosajona hace unos años, porque la ciudad conserva parte del *cool* que la capital alemana ha ido perdiendo a golpe de gentrificación. Pero en tiempos de la RDA, cuando Merkel era estudiante, Leipzig era otro lugar. Me lo describió un día Uwe Schwabe, uno de los líderes de la revolución pacífica de finales de los ochenta que prendió precisamente en Leipzig y que acabó por derribar el Muro y el régimen de la RDA. Me explicó que, entonces, todo era oscuro, que el cielo era gris por la contaminación y que olía mal. Las calefacciones eran de carbón y había muchas enfermedades. Los muros de las casas se caían a trozos. La gente no quería vivir ahogada por la polución, mientras veía por la tele cómo se vivía fuera de la RDA. La ciudad, además, estaba rodeada de plantas industriales y minas de lignito a cielo abierto. Pero a la vez, Leip-

zig siempre fue una ciudad atípica para los estándares del este, porque allí se celebraba la Feria Internacional, lo que implicaba que llegaban extranjeros y gente del oeste, que había un cierto contacto con el mundo exterior. Ahora Schwabe es presidente del archivo ciudadano que documenta los años de la RDA y las protestas que tumbaron al régimen. Me explicó que Merkel «no fue una figura de la oposición, no fue una luchadora de la resistencia. Llevó una vida normal, por decirlo de alguna manera, dentro de las posibilidades que existían, y mantuvo una cierta distancia de la RDA, de la gente en el poder, pero no marcó esa distancia abiertamente». Que no fuera una revolucionaria, que no participara en las protestas democratizadoras, no es para este hombre afable algo extraordinario. «Era lo normal. Si no tenías la oportunidad de tener amigos o conocer organizaciones que fueran críticas con la RDA, entonces pertenecías a la gran mayoría. Ibas al trabajo, a tus estudios... Por supuesto, si estudiabas Historia, Magisterio o Derecho estabas mucho más sometido a las directrices del Estado que si estudiabas una carrera de ciencias, como hizo ella.» La facultad en la que estudió, situada en el centro de la ciudad, está hoy reconstruida, pero sigue siendo un campus muy agradable incrustado en el centro de la urbe.

En 1977, la canciller se casó con su compañero de estudios Ulrich Merkel y se trasladaron a vivir a Berlín oriental. Aquel fue un matrimonio «precipitado», en palabras de la propia Merkel,<sup>20</sup> en un país en el que para obtener un empleo y una vivienda en el mismo lugar había que estar casado. «Nos casamos porque todo el mundo se casaba. Eso suena estúpido ahora, pero no nos tomamos el matrimonio con la necesaria seriedad»,<sup>21</sup> diría Merkel años después. En 1981 se

separaron y un año después se divorciaron. Al señor Merkel no le gusta hablar de la que fuera su exmujer y apenas se prodiga en la prensa. «Angela vive ahora en un mundo diferente. Yo he seguido siendo un ciudadano normal»,<sup>22</sup> dijo en una entrevista concedida hace años y en la que aseguró no ser votante de la CDU. Dijo también que la separación le pilló por sorpresa, que su entonces mujer un día hizo las maletas, pero que fue una ruptura amistosa. Merkel coincide en que fue «una separación sin amargura ni trapos sucios». Cuando la política alemana se convirtió en presidenta de la CDU, el señor Merkel dijo: «Angela es capaz de hacerlo», algo que su exmujer dijo que le «alegró escuchar».<sup>23</sup> La política adoptó, como tantas alemanas, el apellido de su entonces marido, que poco después desaparecería de su vida para siempre. Ese apellido, sin embargo, ha acabado grabado en el panteón de nombres ilustres de la historia política.

En 1998, Merkel se casó, por segunda vez, con Joachim Sauer, profesor de Química emérito de la Universidad Humboldt de Berlín. Sauer se deja ver poco y, como Merkel, protege al máximo su vida privada. Fue notoria su ausencia, por ejemplo, en la toma de posesión de la canciller durante su primer mandato en 2005. Se les ve poco juntos. En alguna cumbre internacional suelta, una vez al año en la ópera, en Bayreuth o haciendo senderismo, una de las aficiones que comparte la pareja. A él le prepara el desayuno por las mañanas, según explicó una vez Merkel, durante un vuelo desde Nigeria a Berlín, al presidente Goodluck Jonathan. De ellos y de su vida privada hablaremos algo más adelante en este libro.

Tras finalizar sus estudios en Leipzig, Merkel buscó trabajo. Fue en ese momento cuando la Stasi se interpuso en su camino. Hizo una entrevista muy desagradable para tra-

bajar como profesora asistente en la Universidad de Ilmenau, cuando esta acabó la dirigieron a una habitación donde había gente de la Stasi esperándola. Sus padres le habían enseñado que si alguna vez trataban de reclutarla, debía decir que era incapaz de callarse, «solo tenías que decir: bueno, probablemente no pueda mantener mi boca cerrada. Estoy bastante segura de que no sería capaz de frenarme y no decirle a mi marido que trabajo para ustedes». <sup>24</sup> Su interlocutor en aquella entrevista era un cargo del partido que sabía exactamente quiénes eran sus contactos y cómo habían sido sus estudios. La joven física siguió los consejos de sus padres y le aseguró que era incapaz de guardar un secreto, lo que rápidamente puso fin al intento de reclutamiento. Merkel no consiguió la plaza en Ilmenau.

Sí logró entrar a trabajar en la Academia de Ciencias de Berlín, en el Instituto Central de Física y Química, y se doctoró en 1986, con una tesis titulada *El cálculo de las constantes de la velocidad de las reacciones elementales en los hidrocarburos simples*. Para ir a trabajar a la Academia, pasaba cada día por delante del Muro de Berlín, de vuelta a casa. Lo recordó Merkel en la Universidad de Harvard en 2019, tras ser elegida para pronunciar el discurso de graduación. Les explicó a los alumnos de Harvard que ella no había sido una disidente: «El Muro de Berlín limitó mis oportunidades. Se interpuso literalmente en mi camino. Pero hubo una cosa que aquel Muro no logró en todos esos años: no logró limitar mis pensamientos, mi personalidad, mi imaginación, mis sueños y mis deseos». <sup>25</sup>

En los ochenta, tras divorciarse del señor Merkel, la física de Templin llegó a vivir en un apartamento ocupado en el Berlín oriental. También viajó mucho. Ella siempre había so-



ñado con volar a Estados Unidos, pero creía que solo lo lograría cuando se jubilase, a los sesenta años, cuando se lo habrían permitido las normas de la RDA. Quería conocer Estados Unidos «por su tamaño, su diversidad, la cultura. Ver las Montañas Rocosas, conducir escuchando a Bruce Springsteen. Ese era mi sueño», dijo en una entrevista.<sup>26</sup> No sospechaba entonces que sucedería mucho antes y que no recorrería las carreteras secundarias; que viajaría hasta el mismo corazón político de su admirado país. En 1990, después de caer el Muro, Merkel viajó a California, donde su marido Sauer había obtenido una beca para investigar. Que una parte del mundo le estuviera vetada durante décadas no le impidió a la joven física explorar otros países a su alcance. Antes de caer el Muro, viajó por el mundo ideológicamente compatible con el suyo. Se pateó Polonia, la entonces Checoslovaquia, Hungría, Georgia, Azerbaiyán y recorrió Rusia en autostop. En 1986 viajó sola también al oeste para asistir a la boda de una prima en Hamburgo y se quedó fascinada con los trenes que vio. Había logrado salir de la Alemania Oriental, pero regresó. Contó después cómo en ese viaje le había acompañado un sentimiento de inseguridad. «Tal vez había visto demasiadas películas de crímenes en la televisión occidental», reconoció.<sup>27</sup>

En el museo de Leipzig en el que trabaja Schwabe, el disidente, se puede ver un excelente recorrido por la historia reciente de Alemania; también la de la vida cotidiana de ciudadanos de a pie, como lo fue Angela Merkel. En la exposición permanente titulada *Nuestra historia: dictadura y democracia después de 1945, un recorrido a través de objetos y material audiovisual de la historia reciente de Alemania y de la vida cotidiana de sus habitantes*, se puede ver la reproducción de un taller textil, una furgoneta de la época, primeras páginas de

periódicos... Se pueden ver también los legendarios pantalones vaqueros Wisent, una réplica socialista de los modelos occidentales, que se fabricaban precisamente en Templin. El descontento con la calidad del diseño era tal, que Erich Honecker, el jefe del Estado, accedió a la importación de un millón de pares de Occidente. No pude evitar pensar que no creo que un museo semejante pudiera existir en España, ante la imposibilidad de contar con una lectura compartida y consensuada de la historia reciente del país. En la muestra hay también una mesa del politburó del SED y una grabación de la mítica conferencia que Günter Schabowski pronunció el 9 de noviembre de 1989; la que precipitó la caída del régimen de la RDA.

Aquel año, el bloque soviético se resquebrajaba y la RDA se encontraba al borde del colapso financiero. La iglesia de San Nicolás en Leipzig, a escasos metros del museo de Schwabe, se convirtió en el epicentro histórico de una disidencia muy heterogénea que acabó por derribar el Muro. De allí emanaron las famosas manifestaciones de los lunes y allí se tejió la red de activistas de la que formaba parte Schwabe y que se multiplicó en las calles hasta dar forma a la revolución pacífica que pedía libertad de movimiento. La noche del 9 de octubre de 1989, del templo salió una muchedumbre que comenzó a marchar y terminó sumando cien mil personas. La mecha prendió después en otras ciudades del país. A principios de noviembre, había un millón de personas en Alexanderplatz, en el corazón de Berlín. El deseo de viajar más allá del muro de cemento que encerraba la RDA era a esas alturas casi irrefrenable.

A las seis de la tarde del 9 de noviembre de 1989, el comité central del SED comunista convocó a los periodistas

extranjeros en el este para informarles de la aprobación de una nueva ley de viajes. Tuve la suerte de poder conocer a Peter Brinkmann, uno de los periodistas que acudió a aquella conferencia de prensa y que, junto con el italiano Riccardo Ehrman, hizo preguntas cruciales para el curso de la historia. Schabowski era el encargado de presentar la nueva regulación sobre viajes a los periodistas y se convertiría en el protagonista indiscutible de la jornada. El político no se había preparado el tema y acabaría haciendo el papelón de su vida. «Schabowski no estuvo en la reunión de la mañana y no se sabía los papeles. Tenía que haber estado, pero no estuvo», me contó Brinkmann. Así llegó al centro de prensa. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a transmitir a los reporteros lo que tenían que escribir y probablemente no anticipó la lluvia de preguntas a la que le someterían. Cuando faltaban ocho minutos para las siete de la tarde, se produjo, o mejor dicho, Schabowski produjo él mismo la Noticia con mayúsculas. Aseguró: «Hoy se ha adoptado una decisión [...] para que la gente pueda abandonar la República». Se generó un pequeño revuelo y los periodistas se interrumpieron los unos a los otros para preguntar. «¿Con pasaporte?», preguntó uno. «¿A partir de ya?», gritó Brinkmann. «¿También vale para Berlín oeste?», añadió. Schabowski volvió a los papeles sin saber muy bien lo que leía. «Yo entiendo que de manera inmediata, inmediatamente.» No leyó, sin embargo, la siguiente página, donde se hablaba de la expedición de visados a partir del día siguiente. Había lanzado la noticia bomba y las calles de Berlín se convirtieron en un hervidero. Aquella noche tuvo lugar uno de los acontecimientos más decisivos de la historia moderna. El Muro cayó, fruto de una revolución pacífica en la que no se

derramó ni una gota de sangre como consecuencia de una peculiar conferencia de prensa, la de Schabowski. Esa noche, el noticiario de la televisión occidental, el *Tagesthemen*, anunció solemnemente: «Hoy es un día histórico. La RDA ha anunciado que las fronteras están abiertas para todo el mundo», y dio paso en directo a un enviado al pie del Muro al que la gente empezaba a acercarse. Luego llegaron las lágrimas, la euforia, las masas encaramadas al Muro y todo lo demás.

Aquel jueves, Merkel, que ya vivía en Berlín, fue como cada semana a la sauna en el Ernst Thälmann Park con una amiga a última hora de la tarde. Schabowski acababa de hablar en su célebre conferencia de prensa y Alemania ya era otra. Merkel no creía que fueran a tumbar el Muro esa misma noche, pero cuando salió de la sauna en torno a las nueve de la noche, vio a gente corriendo a la altura de la Bornholmer Strasse, justo donde se abrió la primera grieta en la mole de hormigón. Siguió a la turba y cruzó al oeste, donde acabó en una casa de unos desconocidos y desde allí llamó a su familia de la parte occidental. Pero no se dejó embriagar por la euforia colectiva. Enseguida regresó a su apartamento en el este. El mundo vibraba, pero ella se fue a dormir porque tenía que madrugar para ir a la oficina al día siguiente. Semanas más tarde, Merkel tomaría una decisión que daría un vuelco a su vida.